Lanero, Daniel (ed.), *El disputado voto de los labriegos. Cambio, conflicto y continuidad política en la España rural (1968-1986)*, Granada, Comares, 2018, 204 pp.

Por Sergio Molina García
(Universidad de Castilla-La Mancha)

Desde mediados del siglo XX, el mundo rural fue abandonándose progresivamente. En los últimos años, la preocupante situación de la despoblación y de los precios agrarios han provocado que hayan aparecido diferentes movimientos pidiendo la protección política, social y económica del agro. Paralelamente, la historiografía española del tardofranquismo y la transición, desde hace una década, también ha comenzado a estudiar la periferia española en el proceso de transición. Encarna Nicolás, Manuel Ortiz y Rafael Quirosa-Cheyrouze fueron algunos de los pioneros en estos estudios. Demostraron que el cambio político no fue una iniciativa exclusiva de las élites, ni tampoco fue fruto únicamente de la presión del movimiento obrero urbano. Los habitantes de los pequeños municipios, la mayoría agricultores, también se movilizaron para mejorar sus condiciones de vida y sus derechos como ciudadanos. Sin embargo, los estudios sobre la importancia del medio rural en el cambio político español todavía son minoría. Por eso es de reseñar el valor de este libro. El contexto del mundo rural de las décadas de los setenta y de los ochenta presentaba grandes complejidades. Por una parte, la *revolución verde* estaba transformando la manera de enfocar las producciones. Por otra, los cambios políticos (democratización y adhesión a la CEE) permitieron modificar las estructuras de poder de manera progresiva. En ese ambiente, el mundo rural fue muy activo y luchó tanto por sus intereses particulares como por cuestiones generales. Quizás, uno de los aspectos pendientes de la historiografía sea relacionar la participación política de los representantes del sector primario y de la periferia española en política con el proceso de negociación para la integración en Europa. No se puede olvidar que la entrada en la CEE supuso un cambio modernizador para el campo español, pero que también hubo que pagar ciertos "peajes".

Esta obra, editada por Daniel Lanero, reúne a algunos de los mayores especialistas de la evolución social del mundo rural español en las décadas de los setenta y de los ochenta. Cada uno de sus capítulos está dedicado a una temática diferente y a una provincia o región distinta. Sin embargo, no son compartimentos estancos. A diferencia de los que suele ocurrir con las obras colectivas, en este caso, la lectura global de la obra permite extraer alguna conclusiones homogéneas y generales que van más allá de las expuestas por cada uno de los autores.

La obra presenta una novedad historiográfica importante. La cronología escogida por el coordinador responde a un periodo más amplio de lo habitual, pues no concluye con la victoria socialista en 1982, sino en 1986. En ese año se certificó la permanencia española en la OTAN y la adhesión de España a la CEE. Esta nueva cronología es fruto de la madurez de los estudios sobre la transición y de la concepción actual de los movimientos sociales, ambos puntos de partida son compartidos por los diferentes autores del libro. La extensión cronológica permite añadir nuevos ángulos de estudio a temas que ya habían sido tratados anteriormente. El caso más significativo es el de los movimientos sociales. En el libro se puede comprobar que la movilización no se diluyó con la llegada del PSOE al poder, sino más bien se fue transformando.

Los nueve capítulos que componen la obra se pueden dividir en dos partes diferentes, precedidas por un primer capítulo en el que el coordinador justifica la obra. La primera parte, centrada en la politización del mundo rural, comprende del segundo al quinto capítulo. La segunda parte reúne los restantes cuatro capítulos. Todos ellos muestran la importancia de la conflictividad y de la movilización social. Además, a excepción del primero de ellos, que pertenece a Cristian Ferrer, el resto plantean cuestiones relacionadas con los nuevos movimientos sociales. La mayoría de los textos alteran las fuentes secundarias e historiográficas con la documentación primaria. De esta manera, en varios casos, el lector podrá comprobar la importancia de los procesos de cambio político en términos generales y no únicamente desde un punto de vista micro. El capítulo de Daniela Ferrández y Daniel Lanero y el de Damián González y a Óscar Martín son algunos de los mejores ejemplos.

El primer capítulo, como ya se ha comentado, introduce al lector en el contenido del libro. Analiza las novedades que presenta la obra frente al resto de la historiografía y ahonda en las razones históricas del papel que ha desempañado el mundo rural en la política. En el segundo capítulo, Rodrigo González analiza la evolución de los ayuntamientos entre 1976 y 1979. Evidencia los

cambios que se fueron produciendo a lo largo de la transición, la importancia de las protestas ciudadanas en la erosión del régimen y las luchas dentro de las propias corporaciones. Al mismo tiempo, también presta atención a las dificultades de las elecciones de 1979. Pese a que el contexto nacional correspondía con un sistema democrático, los comicios municipales estuvieron repletos de dificultades, lo que demuestra el lento aprendizaje democrático durante la transición española. El tercer capítulo, elaborado por Daniela Ferrández y por Daniel Lanero, se centra en analizar la importancia del clientelismo en los procesos electorales de la transición. Demuestra que, en el caso de Galicia, UCD, CD y algunas candidaturas independientes adecuaron las antiguas redes de la dictadura al nuevo sistema de partidos para continuar beneficiándose de ellas. Daniela Ferrández, en el quinto capítulo, presenta una novedosa aportación sobre la participación femenina en la política postfranquista. Hasta el momento, una parte importante de los análisis sobre esta cuestión se habían centrado en datos cuantitativos que únicamente cifraban el número de mujeres en las listas electorales. En esta ocasión, la autora va más allá y trata de conocer cuáles fueron las razones profundas de esa participación. Para ello parte de dos presupuestos. La implicación podía deberse a una verdadera conciencia feminista en el seno de los partidos o a una estrategia electoralista para captar el voto de las mujeres. La aportación de Alba Díaz-Geada cierra el primer bloque del libro. Se trata del capítulo que posee la cronología más amplia. Se remonta al siglo XIX (Restauración) para explicar cómo se fueron desarticulando los montes comunales en Galicia. Esa primera explicación le sirve a la autora para analizar las resistencias que surgieron en la transición española sobre los montes comunales y para observar cómo influyó esa problemática en el propio concepto de democracia.

El segundo bloque del libro comienza con la aportación de Cristian Ferrer sobre la importancia del mundo campesino en Lleida y Tarragona. Estudia la implicación del PSUC en la organización de la lucha contra la dictadura y en la defensa de las cuestiones agrícolas. El PSUC, el partido más importante del antifranquismo en Cataluña, como ya han mostrado Carme Molinero y Pere Ysàs, fue esencial en la constitución de las *Comissions Pageses* y en la posterior *Unión de Payesos*. La aportación más valiosa de este capitulo vuelve a estar relacionada con la demostración de la importancia del mundo agrario en el cambio político. El PSUC no solo fue el partido de los obreros, sino que también se estructuró en el mundo agrario. En el séptimo capítulo, Alejandro Román Antequera examina el nacimiento del movimiento ecologista en Andalucía y su evolución interna desde la década de los sesenta hasta los ochenta. Tras el fracaso de los proyectos de la izquierda radical en la transición, una parte importante de sus líderes pasaron a estructurar los "nuevos" movimientos sociales basados en la defensa del medio ambiente. La siguiente aportación, cuya autoría corresponde a Damián González y a Óscar Martín, reflexiona sobre la evolución de la participación ciudadana a través del ejemplo de las manifestaciones contra el campo de tiro en Cabañeros (Ciudad Real). Los autores muestran cómo el movimiento social que se creó a partir de una problemática concreta tuvo características propias de las protestas clásicas (defensa de los intereses de los agricultores), pero también particularidades de los "nuevos" movimientos sociales (ecologismo y pacifismo). Al mismo tiempo, enlazando con la politización, la temática predominante en el primer bloque del libro, evidencian la habilidad del PSOE para absorber parte de este movimiento. El último capítulo corresponde a Pablo Corral. En su aportación ha comprobado la evolución de las demandas del ecologismo español desde el inicio de la dictadura hasta la celebración de las elecciones municipales, a través del caso de Aragón. El año 1960 fue un punto de inflexión. Hasta ese momento, el franquismo supo canalizar en sus propias estructuras las luchas por la protección del medio ambiente. Sin embargo, a partir de 1960 la defensa del ecosistema se fue politizando y uniendo a otras demandas ciudadanas, lo que permitió a los partidos antifranquistas añadirlas a su repertorio contra la dictadura.

En definitiva, la obra coordinada por Daniel Lanero demuestra la importancia del mundo rural en la lucha contra la dictadura y en la construcción de la democracia. Su participación, aunque menos conocida que la de los movimientos obreros y urbanos, fue clave en la lucha y consolidación de un sistema de libertades. Ese protagonismo se mantuvo durante la etapa socialista. El asociacionismo no se diluyó, sino que evolucionó en función de las nuevas preocupaciones de la sociedad.